
EL CONTAGIO DE LA LEPRA

(Tomado de *La Voz de Job*, Número 6, Enero de 1905).

Dijimos (*La Voz de Job*, número 5.º diciembre de 1904), que la lepra pertenece a la clase de las enfermedades infectivas, las cuales no son propiamente hablando contagiosas, y tomando el paludismo como ejemplo de las enfermedades infectivas, establecimos la diferencia que existe entre contagio e infección, haciendo ver la importancia de esta distinción, por cuanto en ella se funda la profilaxis de estos dos modos de contaminación, y la necesidad de considerar en toda enfermedad dos puntos de importancia capital: la causa de la enfermedad, o sea el agente que la produce, y el modo o la manera especial de hacerse la contaminación, o sea el agente de la transmisión, el que inficiona el organismo.

Tan indispensable es distinguir el contagio de la infección, que hasta hoy todas las interminables discusiones, tantas acerbas controversias, así como las inútiles e infructuosas elucubraciones sobre el contagio de la lepra, no han tenido otra causa que el haber desconocido su naturaleza infectiva, el haber prescindido de uno de los factores de la contaminación, considerándola simplemente como contagiosa. En efecto, si la lepra fuera una enfermedad contagiosa a la manera de las fiebres eruptivas, como la viruela, la escarlatina, el sarampión, etc., no habría ocasionado ninguna disidencia, el acuerdo hubiera sido unánime en aceptarla como tál. Nadie ha puesto en tela de juicio el contagio de estas enfermedades; todo el mundo las declara eminentemente contagiosas o transmisibles desde el enfermo al sano, sin indagar cómo ni cuándo, sin parar mientes en averiguar otra cosa. No ha sucedido así respecto de la lepra. En los tiempos primitivos, cuando no se sabía lo que era, porque el agente que la causa era desconocido, cuando con la denominación de lepra se abarcaban indistintamente una infinidad de dermatosis y la sífilis se creyó ciegamente en el contagio. Vinieron luégo los médicos escandinavos Boeck y Danielssen, quienes provistos de nuevos elementos de diagnóstico y estudiando atentamente los síntomas, el curso y las lesiones

específicas del *Spedalsked* o lepra de los griegos, negaron el contagio, y su opinión prevaleció en el mundo, merced al gran prestigio de que justamente gozaron aquellos eminentes sabios. Los trabajos bacteriológicos del ilustre Hansen, que lo condujeron al descubrimiento del bacilo que causa la enfermedad, y sus notables investigaciones necroscópicas, que revelan las lesiones causadas por el agente patógeno, volvieron a llamar la atención de los leprólogos hacia el contagio, considerando esta vez como infección, probando con evidencia y comprobando por otros muchos sabios, como Neisser, quien completó el estudio microbiológico del organismo descubierto por Hansen.

Reconocida ya como enfermedad microbiana, la lepra dejó de ser tenida por hereditaria; todas las ideas se orientaron en esta dirección y llegaron a fijarse definitivamente; pero este orden de ideas no tuvo estabilidad, porque se supo al mismo tiempo que contagio no es infección. Mientras tanto, otros muchos descubrimientos se habían sucedido que hacían cada vez más complejo y de difícil solución el problema: el venerable profesor Virchow había fundado la patología celular; el sabio Metchnikoff había asombrado al mundo con el más estupendo y trascendental de todos los descubrimientos, el de la fagocitosis que echó por tierra la teoría humoral; Koch, el más popular de todos los sabios europeos, había aislado las toxinas, producto elaborado por los microbios, y su famosa tuberculina agitaba y conmovía la ciencia; Behrin y Roux preparaban con el cultivo del bacilo de Loeffler el suero que cura la difteria y abrían la era de la seroterapia.

Se verá, por esta somera—y como tál—incompleta reseña de los adelantamientos de la ciencia médica, que esta ciencia no se ha cristalizado y que, por consiguiente, hay que estudiar el contagio de la lepra a la luz de estos nuevos conocimientos, so pena de quedarnos a la zaga sin percatar que todo se mueve a nuestro alrededor, y que el encastillarnos y el querer quedarnos como fundidos en los viejos moldes medioevales, sería pretensión tan absurda como el intentar detener el movimiento de los astros o el curso de los ríos.

Consultando cuidadosamente todas las obras y revistas que nos ha sido posible conseguir sobre lepra, no hemos podido encontrar nada que demuestre el contagio, nada que indique la manera de hacerse la contaminación: todo se reduce a comprobar que la lepra se ha ido propagando por todo el mundo con la emigración; que el hombre enfermo ha sido siempre el origen de la plaga; en todas par-

tes; que a su alrededor se han visto aparecer nuevos casos y de éstos originarse otros, y así irse propagando el mal hasta invadir comarcas enteras; pero nadie asegura cómo se verifica esta contaminación, ni por qué en ciertos países aumenta el número de enfermos, mientras en otros la proporción de sanos y enfermos se conserva estacionaria o decrece. Se ha buscado la razón de esto en las condiciones telúricas, meteorológicas, bromatológicas, etc., y nada se ha logrado; en las étnicas y sociológicas se ha fijado la atención de los Investigadores, sin llegar a salir del campo de las hipótesis; el aseo o la higiene rigurosamente seguida es lo que reúne el mayor número de sufragios, pero sin precisar el por qué de esta medida profiláctica.

Se dice comúnmente que el leproso es peligroso para los que lo rodean, porque entre sus secreciones se encuentran millares de bacilos; el flujo nasal, el sudor, el pus de las ulceraciones lo contienen en abundancia, y sin embargo, todos estos bacilos inoculados al hombre sano y a diversas especies de animales por los miembros de la célebre Comisión de la India, no produjeron la enfermedad. Otros dicen que el darle la mano a un leproso, el acercársele, el usar sus enseres de servicio, o el cambio de billetes de banco o de monedas, en una palabra el contacto inmediato con él, es suficiente para que se pegue la lepra. Corren a este respecto mil consejos, ideadas por el temor de contagio y sostenidas por el horror que la enfermedad inspira, pero nada de todo esto es cierto, porque nadie ha podido presentar la prueba de haberse contagiado una persona por estos medios supuestos.

Para que se vea lo infundado de estas patrañas, citaremos lo que sucedió aquí cuando se trató de la hospitalidad de unos pocos enfermos para estudiar en ellos la medicación seroterápica. Entre los locales ofrecidos para ello, se hallaba la Quinta de Padilla, y no bien se supo esto, cuando apareció una representación de muchos vecinos en la cual pedían al Gobierno que no consintiera en que ahí se pusiera el hospital, porque los desagües de dicha quinta pasaban por predios en que se tenían vacas para la producción de leche que se vendía en la ciudad, y que las vacas que usaran de esas aguas se harían leprosas, y la leche de ellas transmitiría la lepra a los que la consumieran, y toda la ciudad se volvería una leprosería! ¡Notable descubrimiento!

Hacia la misma época y fundado ya el *Instituto Carrasquilla* para ensayar la seroterapia en la Quinta de Segovia, donde se producía, en una de las dependencias, la vacuna animal, se dijo que la vacuna allí

producida no debía usarse porque propagaría la lepra. Así es como se han inventado y sostenido todos esos cuentos, prescindiendo de todo principio científico y de los experimentos que demuestran que la lepra no es inoculable a los animales de esa manera, y que la vacuna no transmite la enfermedad.

Al *Instituto Carrasquilla* concurrieron varios médicos, muchos practicantes, los veterinarios encargados de sangrar los caballos, contratas, sirvientes, etc., y a ninguna de estas personas se les pegó la lepra, habiendo estado todos en contacto con los leproso que vivían allí; luego el contacto inmediato no basta para la transmisión de esta enfermedad, exactamente lo mismo que sucede con el paludismo, la fiebre amarilla y demás infecciones.

La pulga es el agente de contaminación de la lepra, como lo es el mosquito—anófele—del paludismo, *Hegomyia fasciata*, de la fiebre amarilla, y la pulga de la peste bubónica. En el contenido intestinal de las pulgas que han chupado sangre de leproso se encuentra el bacilo de Hansen, causa de la enfermedad. Es posible que algún otro insecto también pueda transmitirla, pero hasta ahora no sabemos que se haya encontrado en chinches; piojos, moscas, etc. El doctor J. Goldmidt, en Madera, estudió este punto, y dice que no pudo encontrar el microbio en estos insectos; el doctor Babes dice que es posible que la lepra se transmita por alguno de estos insectos y lamenta que no se hayan hecho investigaciones en este sentido (*Die lepra*, 1901). Nosotros no lo hemos buscado sino en las chinches y no lo hemos podido hallar; mientras que en las pulgas siempre nos ha sido posible hallarlo, cultivarlo e inocularlo a los animales de laboratorio.

JUAN DE D. CARRASQUILLA L.

Enero de 1905.

